

Un pasado silenciado:

las experiencias de las mujeres coreanas en el
«sistema de consuelo»

A silenced past: Korean women's experiences in the "comfort system".

Escrito por **Belén Manuel**

Resumen

En este artículo se presentan las experiencias de las mujeres del sudeste asiático, en específico las coreanas, durante el «sistema de consuelo» (en el cual se explotó sexualmente a mujeres) en el contexto de la guerra del Pacífico (1931-1945). Esencialmente se demuestra el uso de las mujeres, su explotación sexual, el engaño que estas vivieron y sus vidas durante el encierro en las estaciones de consuelo. La impunidad que los soldados japoneses tuvieron luego de que el sistema saliera a la luz y cómo las autoridades niponas hicieron lo posible para esconder su existencia. Se demostrará que la violencia ejercida por los soldados hacia las mujeres es un instrumento que, si bien no fue inventado por los japoneses, tuvo un uso desmedido y sistematizado.

Palabras clave: «Mujeres de Consuelo» — Explotación Sexual — Honor — Encierro — Memorias

Abstract

This work addresses the experiences of women in the south-east of Asia, specifically Koreans, during the "consolation system" (through which women were sexually exploited) in the context of the Pacific War (1931-1945). It approaches the use of women, their sexual exploitation, their deceit and their lives during the confinement in the consolation centres, the impunity of Japanese soldiers after this phenomenon came to light and the efforts of Japanese authorities to hide its existence. It will be shown that violence on women was excessively and systematically used as an instrument.

Keywords: "Consolation women" – sexual exploitation – honour – confinement – memory

Introducción

Este trabajo surge de un interés personal sobre la historia de las mujeres y cómo han sido violentadas en tiempos de guerra o dictaduras. En particular siempre tuve cierta inclinación por la historia de los países asiáticos, a principios del año pasado leí un artículo periodístico que comentaba la situación actual de las «mujeres de consuelo» chinas y comencé a investigar sobre el tema. Me topé con varios libros que hablaban sobre la violencia contra las mujeres, como fue el caso de *The securitization of rape. Women, war and sexual violence* de Sabine Hirschauer (2014), y de los textos más generales pasé a lecturas más específicas. El mismo año se me presentó la posibilidad de poder llevar a cabo mi interés por el tema con la investigación realizada en el marco del Seminario/Taller de Historia Contemporánea, en el Centro Regional de Profesores del Este.

Sabine Hirschauer comienza su libro con una pregunta central: ¿está todo permitido en la

guerra? Para ella la respuesta es clara: no. Y «no» como una oración completa. Según la autora, cuando nos referimos a las barbaridades cometidas durante la guerra estamos hablando de la pérdida de humanidad completa. En este trabajo se tratará a las mujeres coreanas en el contexto de la guerra del Pacífico,¹ aludiendo a cómo al referirse al cuerpo femenino todo está permitido y entendiendo que los soldados utilizan el sexo para someterlas y vulnerarlas. Además, se buscaba demostrar su superioridad total para generar terror. No siempre se ha visto a la violencia ejercida hacia las mujeres como un problema, sino como un daño colateral que no se puede evitar. El caso de las «mujeres de consuelo» permitió comenzar a ver este tipo de atrocidades como un problema serio, del que hay que hablar, y no solo un daño que no se puede evitar. Se intentará responder a las siguientes interrogantes: ¿por qué y en qué consistía ser «mujeres de consuelo»? ¿Qué hizo posible la creación del «sistema de consuelo»? ¿Cómo era el trato que recibían estas mujeres? ¿Qué es lo que hace que las mujeres eviten hablar sobre el tema? Por último, ¿por qué los Estados y ellas mismas se silenciaron luego de finalizada la guerra?

Dividido en cinco apartados, el artículo comienza por explicar que el concepto de explotación sexual no es algo propio de determinados países, épocas o culturas, sino que atraviesa cualquier frontera, dejando a la mujer en situación de vulnerabilidad extrema y, en consecuencia, como única víctima de estas atrocidades. Luego se centrará en las experiencias de las mujeres asiáticas durante el período histórico estudiado, primero explicando cómo surgieron las «estaciones de consuelo», el odio racial que los nipones ejercieron sobre las distintas etnias asiáticas y cómo eran los procesos por los cuales se reclutaba a las mujeres. Para finalizar, se detendrá en las experiencias de las mujeres coreanas en las «estaciones de consuelo».

Mujeres, violencia, patriarcado y guerra

Hirschauer ve como recién en el siglo xxi y después de las atrocidades cometidas en Ruanda y Bosnia, las violaciones durante períodos de guerra tomaron relevancia mundial. Reconociendo a la violación masiva no solo como un problema que afecta la paz y la seguridad de cada país, sino del mundo entero, y al mismo tiempo colocándola como una de las características principales de un genocidio. Para que la violación masiva ocurra se precisa de un elemento fundamental: el silencio (Hirschauer, 2014). Alrededor de este concepto podemos ubicar a todos sus actores, las mujeres víctimas que prefieren olvidar que hablar; los victimarios que nunca han aceptado sus crímenes; y un Estado que los respalda y prefiere olvidar que pedir disculpas. Es más, en muchos casos no solo no asumen sus responsabilidades, sino que justifican y hasta glorifican estos actos deplorables. Al sexo se lo utilizó como la forma de generar miedo, no solo en las mujeres sino en los hombres, acusándolos de poco hombres, dado que no pudieron defender a sus mujeres del enemigo. Por eso el silencio es primordial, si nadie habla nadie se entera, permitiendo que este círculo vicioso continúe y que la mujer siga siendo el chivo expiatorio (Hirschauer, 2014).

Durante muchos años las violaciones fueron simplemente vistas como algo que no se puede prevenir durante una guerra, siendo los reportes algo «generalmente aceptados o contruidos efectivamente como un maldito pero inevitable y entendible daño colateral del conflicto» (Hirschauer, 2014: 5). El cuerpo femenino pasa a ser un objeto para el hombre, tanto de sus países como del enemigo. Como veremos más adelante, muchos Estados han tratado la explotación sexual de las mujeres como un hecho de vergüenza para sus países, porque sus hombres no fueron lo suficientemente fuertes para defenderlas (Brownmiller, 1975). Prefirieron el silencio o fueron obligadas a este y, como ya se dijo, fue recién luego de Bosnia y Ruanda que se dejó de ver a la violación como un problema privado, doméstico y social, para ser una «clara estrategia de guerra» (Hirschauer, 2014: 6); de esta manera se comenzó a buscar justicia por estos actos atroces. Según Yuki Tanaka (2018) se puede apreciar la violación hacia las mujeres desde dos puntos: primero durante la guerra para sacar lo peor de los soldados, es decir el mayor grado de agresividad posible; y un segundo punto, después del conflicto para asegurar la victoria y la dominación.

Por su parte, Susan Brownmiller (1975) plantea que la violación es la gran arma que los hombres tienen en contra de las mujeres y sus dos agentes principales son el miedo

femenino y la voluntad masculina. Según la autora, sin la voluntad de los soldados esto nunca podría ocurrir, ellos ganan mucho más con las sensaciones creadas sobre las mujeres, verlas protestar, defenderse, llorar. Verlas destruidas hace que su percepción sobre su masculinidad se encuentre cada vez más reforzada. Al poder imponerse ante la mujer están demostrando su superioridad, su fuerza y por lo tanto «es el triunfo de su masculinidad» (Brownmiller, 1975: 14). Es por eso que Brownmiller explica cómo «los hombres descubrieron que sus genitales podían servir como un arma [...] [la violación] no es nada más ni nada menos que un proceso consciente de intimidación por el cual todos los hombres mantienen a todas las mujeres en un estado de miedo constante.» (Brownmiller, 1975: 15). Al mismo tiempo Tanaka (2018) ve que la necesidad de demostrar su poder hace que la mayoría de las violaciones sean en grupo. La guerra genera que los soldados de un mismo país, a pesar de no conocerse, creen relaciones muy fuertes e íntimas entre ellos, donde salir juntos a demostrar su poder es fundamental. No solo violaban en frente a sus compañeros, sino también ante las familias de las mujeres: sus padres, hermanos y esposos, entre otros.

Esto también lo podemos ver en otros casos, como fue lo sucedido en Bosnia y Ruanda. La violación masiva fue más que una simple demostración de masculinidad, fue utilizada como forma de dominación, por la cual se violaron mujeres para embarazarlas y así limpiar el futuro de estos países étnicamente (Hirschauer, 2014). En el caso de Bosnia, fue más allá que simplemente causar terror en toda la sociedad, y para esto se realizaban violaciones masivas en la vía pública, para controlar y humillar a la población civil. Se utilizó al cuerpo de las mujeres para demostrar la superioridad de uno sobre los otros y cómo pasaban a ser de su propiedad, donde «las mujeres se convirtieron a través del sexo espectáculos públicos corporales de género del despliegue del poder político» (Hirschauer, 2014: 11). Esta demostración de poder, las violaciones, los embarazos forzados y el terror van a quedar marcados en la memoria y experiencias de estas poblaciones por generaciones.

En cuanto a lo ocurrido en Ruanda tiene un espectro muy parecido, pero cabe mencionar que luego de que el genocidio ocurrió, muchas de las mujeres sintieron miedo de hablar, algo similar a lo vivido por las «mujeres de consuelo». A la gran mayoría de las sobrevivientes se las marcó como «manchadas, estropeadas e inadecuadas para en un futuro poder convertirse en esposas» (Hirschauer, 2014: 11). Para Hirschauer la desnudez fue fundamental para humillar a la mujer y lo podemos encontrar en estos casos, porque las hace mucho más vulnerables, siendo el último paso para el control absoluto. En muchos casos documentados de Ruanda, los soldados, luego de que violaban en grupo a las mujeres de los pueblos, las hacían desnudarse y desfilar por largos períodos de tiempo sobre los cuerpos de sus familiares masacrados.

Japón y la esclavitud sexual: los orígenes del «sistema de consuelo»

George Hicks (1995) plantea que la explotación sexual de la mujer tiene una tradición duradera en el tiempo, pero esta no la hace gloriosa, sino todo lo contrario. En el caso de Japón, ya en la época feudal (desde el siglo xvi hasta mediados del siglo xix) han estado abiertos a la prostitución con grandes complejos dedicados a esta, en ciudades como Osaka, Tokio o Kioto. Esta labor fue glorificada por varios artistas y escritores mediante la realización de novelas y pinturas eróticas que contaban la vida de estas mujeres (Hicks, 1995). Según Hicks, hay que hacer una diferencia entre las prostitutas y las geishas,² ya que las últimas tenían un gran entrenamiento previo, muy fuerte en artes y música. Además, tendían a estar con un hombre a la vez, por lo cual el sexo era una práctica rara dentro de sus trabajos; sucedía, pero no era la norma, a estas se las llamó *mizuten*.³ A partir de 1872 la prostitución en Japón fue controlada, las mujeres que se dedicaban a esto debían tener un contrato con el dueño del burdel y este, a su vez, tenía que contar con un burdel licenciado.

Hata Ikuhiko (2018) define a la prostitución controlada como aquel trabajo en el cual las prostitutas rentaban un cuarto al dueño del burdel, haciéndolas, esencialmente, independientes. Muchas de estas mujeres eran vendidas por sus familias para obtener dinero,

pero también lo hacían por la mujer de un familiar directo, por deuda, enfermedad o para pagarse los estudios. Maki Kimura (2016) y Hicks (1995) concuerdan en que la prostitución ya era controlada en el período anterior a la guerra, es decir estaba organizada y las mujeres debían someterse a estudios médicos semanalmente. El traslado de estas hacia lugares fuera de Japón no era nada nuevo, ya desde los comienzos del siglo XX podemos encontrarlas en distintos puntos de Asia. En cuanto a Tanaka (2002), afirma que se pueden unir los comienzos del «sistema de consuelo» con la prostitución controlada de la época en Japón.

Las «estaciones de consuelo» eran burdeles militares japoneses contruidos en los países invadidos durante el período 1931-1945, en lo que Tanaka llama guerra del Pacífico. Esta comienza con la invasión japonesa a Manchuria en setiembre de 1931, cuando se dio «el incidente de Manchuria»,⁴ y culminó con el fin de la segunda guerra mundial y la ocupación aliada a Japón. Si bien las «estaciones de consuelo» fueron construidas desde el comienzo de la invasión, no podemos marcar una fecha determinada debido a que, antes que los japoneses se rindieran, quemaron y se deshicieron de los documentos más relevantes. Una vez que los nipones invadieron Manchuria enviaron una unidad militar a Shanghai donde se construyó la primera «estación de consuelo», especialmente para el uso de las fuerzas navales, pero no solo eran utilizadas por militares (Tanaka, 2002). En un principio se utilizaron mujeres japonesas que ya estaban en la zona, para trabajar como prostitutas. Eran contratadas como «meseras» para los restaurantes de las ciudades. Muchas de esas mujeres eran engañadas y cuando se negaron a servir sexualmente fueron amenazadas con ser torturadas o con asesinar a sus familias (Tanaka, 2018). Fue en Shanghai donde se abrieron las primeras siete estaciones exclusivamente para militares japoneses, en marzo de 1932. Las prostitutas que trabajaban en ellas tuvieron que ser examinadas dos veces a la semana en búsqueda de alguna enfermedad venérea.

Las primeras mujeres coreanas enviadas a las «estaciones de consuelo» en China fueron residentes japonesas, que ya trabajaban en este país. La idea de su creación fue tomada por los altos mandos militares. Este proceso fue iniciado por el general Okamura Yasuji,⁵ quien en un primer lugar buscó seguir con los planteamientos utilizados por las Fuerzas Armadas; tenía la idea de solo utilizar mujeres profesionales japonesas y no coreanas como «mujeres de consuelo» (Tanaka, 2002). Hicks (1995) plantea la necesidad que tenían los altos mandos japoneses de encontrar una forma con la que los soldados pudiesen escapar del estrés y el miedo que la guerra les hacía pasar. Define a los combates como uno de los momentos más estresantes en la vida de los soldados, en los que se hallan negados de cualquier modo de liberarse emocional y socialmente. Encuentra que los soldados nipones «tenían la creencia que el sexo antes de ir al campo de batalla servía como amuleto en contra de las lesiones [y además] servía como desestresante luego de la batalla» (Hicks, 1995: 35). Los japoneses crearon un mito alrededor del sexo. Antes de una batalla muchos soldados pedían trozos de pelo a las mujeres o prendas de ropa (en algunos casos las obligaban o se las robaban) para llevar con ellos. Luego de los combates, el sexo era visto como la forma en la que los soldados dejaban de pensar en todo lo que habían vivido. Una de las justificaciones dentro del Ejército era que como los militares estaban sometidos a una estricta disciplina, precisaban de alguna distracción, y el sexo se convirtió en esta.

Asimismo, se argumentaba que así se podía terminar con las violaciones que los soldados realizaron a las mujeres chinas. Mediante este proyecto, el Gobierno japonés planteó la necesidad de abrir «estaciones de consuelo» en todos sus territorios anexados. Según lo narrado por el teniente general Okabe Naozaburō en su diario íntimo el día 14 de marzo de 1932, se venía escuchando cómo los soldados por falta de batallas salieron a buscar mujeres (Tanaka, 2002). Para poder terminar con los problemas sexuales que los soldados japoneses estaban experimentando se tomaron distintas soluciones, y fue el teniente general Nagami Toshinori el encargado de llevar a cabo esta tarea, siendo el responsable (Tanaka, 2002).

En julio de 1937 Japón comenzó la invasión final a China, al finalizar el mismo año se aceptó como práctica generalizada las «estaciones de consuelo» y en consecuencia se puede hablar de un «sistema de consuelo» (Tanaka, 2002). Al mismo tiempo, comenzó la movilización masiva de mujeres hacia China para terminar en las estaciones. Esta invasión fue la primera vez que los nipones movilizaron tantos soldados fuera de su territorio. Pero el número de estaciones no aumentó hasta que los soldados japoneses cometieron

atrocidades en la masacre de Nanjing, en diciembre de 1937; saquearon la ciudad, violaron a las mujeres y mataron todo a su paso con la autorización de las autoridades. Según Iris Chang (1997), esta masacre «incluso, hasta dentro de los estándares de las guerras más destructivas de la historia, [...] representa una de las peores instancias de destrucción masiva» (1997: 5). Una de las razones para referirse de esta manera a la masacre es el tiempo en que se llevó a cabo, mientras otras llevan años realizándose, la de Nanjing duró solo semanas. Se estima que entre 20.000 y 80.000 mujeres fueron violadas, además de muchas personas que fueron llevadas a la muerte de forma monstruosa.

La manera que se encontró para detener estas violaciones fue la construcción de «estaciones de consuelo» para los soldados japoneses. La orden se dio el 11 de diciembre por los comandantes de cada ejército (Tanaka, 2002). A partir de entonces se empiezan a utilizar mujeres chinas dentro de las estaciones, de manera forzada, siendo la *Kempeitai*[®] la encargada de llevar a cabo el reclutamiento, quienes buscaron asegurar al menos cien mujeres. La primera estación abierta contaba con aproximadamente cuarenta y siete mujeres chinas en 1937. Para marzo de 1938 se dieron cuenta de que al someter y obligar a las mujeres locales solo perjudicaban la relación con los chinos y la visión sobre ellos mismos, por lo que empezaron a enviar a mujeres coreanas y japonesas. Según Tanaka (2002), a pesar de que utilizaron la llegada de estas mujeres como justificación, los soldados japoneses siguieron violando a las chinas. La búsqueda de una solución no suponía una consideración especial por las mujeres que ya estaban siendo violentadas, sino que era una simple estrategia para mejorar la visión sobre ellos mismos.

El general Okamura narró lo ocurrido en la invasión a Wuhan en 1938 aludiendo a que a pesar de ya tener una «estación de consuelo» los soldados siguieron violando a las mujeres locales. Es más, por lo general los altos mandos solían animar estos actos durante los combates, como «una forma de excitar el espíritu combatiente en sus hombres» (Tanaka, 2002: 29). Otra de las justificaciones fue la necesidad de frenar y prevenir enfermedades venéreas. Los japoneses recordaban las experiencias vividas en la Intervención en Siberia,⁷ donde los soldados nunca contaron con una clara misión, lo que hizo que su moral estuviera baja desde un principio, al igual que su disciplina. Para poder frenar la difusión de enfermedades de transmisión sexual se autorizó que los altos mandos militares regularan la prostitución, por lo que exigieron que las mujeres se realizaran exámenes médicos periódicamente. En este sentido se puede afirmar que las experiencias vividas en Rusia llevaron a los japoneses a crear las «estaciones de consuelo» unos años más tarde en China.

Cuando el 10 de abril de 1933 el Ejército de Kwantung (el mayor y más prestigioso grupo del Ejército Imperial japonés) comenzó la invasión hacia el este de China, los altos mandos militares prohibieron a sus soldados utilizar burdeles chinos aludiendo a que en estos se encontraban mujeres con grandes posibilidades de tener enfermedades venéreas. Por este motivo se abrió una «estación de consuelo» llamada: Instalación Higiénica para la Prevención de Epidemias (Tanaka, 2002: 11), a la que fueron enviadas treinta y cinco mujeres coreanas y tres japonesas. Además, a los soldados se les obligó a utilizar condones en cada acto sexual. Ikuhiko (2018) analiza que las enfermedades de transmisión sexual eran consideradas clase tres dentro de las lesiones de guerra, ya que los soldados que las contrajeron no volvían a casa, pero al ser altamente contagiosas debieron ser marcados. Los portadores tenían que esperar a que el resto de los soldados se bañara y se les entregaba una toalla roja.

El problema surgió cuando soldados de otras brigadas comenzaron a reclamar a las mujeres de la Instalación Higiénica para la Prevención de Epidemias debido a la prohibición de utilizar los burdeles chinos. Pero como las treinta y ocho mujeres ya servían a 7.764 soldados del Ejército de Kwantung, las autoridades tuvieron que realizar estudios médicos a las mujeres que ya trabajaban en los burdeles chinos. Tanaka (2002) estima que alrededor de 32.1 millones de condones habían sido enviados a las «estaciones de consuelo» fuera de Japón para 1942. Otro punto es ver cómo las autoridades niponas tuvieron la convicción de que las enfermedades venéreas debilitaban a los soldados y generaban un problema de salud muy grande al terminar la guerra en Japón. En este sentido se creyó que las mujeres más jóvenes y solteras eran las que menos probabilidades tenían de contraer alguna enfermedad de transmisión sexual. A pesar de todas estas medidas, estas enfermedades no fueron evitables, y por ejemplo en la división 15 al norte de China entre el 15% y el 20% de las «mujeres de consuelo» contaba con alguna en

1942-1943, debido en gran parte a que muchos de los soldados, a pesar de que los condones les fueron dados, no los utilizaron.

Es muy difícil llegar al fondo de cuándo y cómo surgió el sistema. Una de las razones ya fue expresada anteriormente: la falta de documentos; una segunda razón es que al momento en que muchos de los historiadores escribieron sobre el tema, los principales responsables seguían vivos. Lo que quedó claro es la visión de los militares sobre la provisión de «mujeres de consuelo»: «era un buen medio para proveer a sus hombres con algún tipo de recreación a modo de compensación por las ilimitadas incursiones de guerra» (Tanaka, 2002: 15). Cada regimiento era responsable de su estación o estaciones, y solo cuando era necesario el Ministerio de Guerra⁸ daba instrucciones de cómo solucionar problemas que pudieran surgir.

Dentro de este no existía una sección puramente dedicada a la administración de las «estaciones de consuelo», pero sí delegaba instrucciones de cómo trabajar con la moral y el disciplinamiento de los soldados. Otro punto en el que el Ministerio participó activamente fue en el traslado de las mujeres a las zonas de guerra. La gran mayoría de las mujeres enviadas desde Corea y Japón fueron transportadas en los barcos de carga del Ejército. A medida que la guerra del Pacífico avanzó, las «estaciones de consuelo» se hicieron cada vez más numerosas y se expandieron dentro del territorio chino. Para 1942 el Ministerio de Guerra se involucró cada vez más en controlar todo lo que pasaba dentro y fuera de estas, ordenando que los estudios para prevenir enfermedades venéreas fueran cada vez más fuertes y controlando la higiene dentro de las estaciones.

Se calcula que para 1942 se habían instalado 400 «estaciones de consuelo», las cuales se dividieron así: en China 280 estaciones (100 al norte, 140 en el centro y 40 al sur del país); al sudeste de Asia se pueden encontrar 100; al sudoeste 10; y en el sur de Sakhalin 10 estaciones más (Tanaka, 2002). En todas el Ministerio de Guerra ejerció el control, pero Tanaka propone que en realidad fue el Ministerio de la Marina el que tuvo mucha más influencia en la creación y en la coordinación de las estaciones, pero debido a la falta de documentación no pudo afirmarlo.

Por último, se creía peligroso que los soldados nipones utilizaran los burdeles privados dentro de los territorios invadidos porque, según su concepción, estos estaban llenos de espías queriendo sacarles información sobre la guerra. Entonces, la creación de las «estaciones de consuelo» derivó en que las mujeres no podían salir de estas (Tanaka, 2018). Al estar encerradas dentro de ellas los soldados podían hablar sin preocuparse de que la información se filtrara. Tanto Tanaka (2002) como Hicks (1995) presentan cómo los japoneses vieron a las «mujeres de consuelo» como «suplementos de guerra», hasta las colocaron de esta forma en los papeles oficiales para solicitar más mujeres a las autoridades. Ikuhiko (2018) explica cómo las mujeres utilizadas para el sistema «no recibieron ni un título militar ni un estatus militar personal, por lo que no hay archivos oficiales de ellas» (Ikuhiko, 2018: 147). Pero esto puede ser atribuido a la necesidad de esconder lo que estaban haciendo, por lo que lo utilizaban para no poner «mujeres de consuelo» explícitamente.

No todas somos iguales: el racismo japonés hacia las mujeres asiáticas

Hay que tener en cuenta que, si bien la gran mayoría de las mujeres utilizadas para las «estaciones de consuelo» fueron coreanas, al principio del *reclutamiento* (eufemismo oficial) se prefirió a las japonesas prostitutas profesionales. El problema radicó en lo difícil que era el reclutamiento, por lo que los militares de alto rango tuvieron que buscar una salida más fácil. En este momento el uso de mujeres coreanas se hizo más popular. Al principio estas mujeres ya radicaban en Japón, específicamente en la isla de Kyushu. Más tarde se comenzó con la movilización de mujeres jóvenes desde Corea (Tanaka, 2002). Tal como fuera expresado anteriormente, la gran mayoría de las estaciones estaban localizadas en China, donde había distintos tipos. Estas, según Tanaka (2018), pueden dividirse en tres. Una primera categoría la encontramos en las ciudades de Shanghai, Nanjing, Tianjin y Beijing. Estas eran estaciones permanentes en donde eran empleadas mujeres japonesas (a partir de 1939 muchas decidieron no dejar su país para irse a China)

y coreanas. La segunda categoría la constituían las estaciones semipermanentes que acompañaban a grandes grupos de militares, como los regimientos, brigadas o divisiones; aquí eran utilizadas mujeres coreanas y chinas, en su gran mayoría. Tanto el primer tipo como el segundo eran manejados por los militares o por propietarios privados que debían seguir los lineamientos de las autoridades militares. Por último, los de la tercera categoría se encontraban en las zonas de guerra y, por lo tanto, eran temporales y dependían de cada batallón. Por su ubicación no tenían que seguir los lineamientos ni debían pedir permisos a las autoridades militares al estar tan alejados de los centros de comando. Según Tanaka (2002) esto significó que el traslado de «mujeres de consuelo» fuera realmente difícil, por lo que empezaron a explotar mujeres locales. La gran diferencia que vemos entre los distintos tipos de estaciones es el uso de la violencia en el momento del reclutamiento, es decir, dependiendo del tipo, el grado de crueldad se intensifica. En este sentido, en el tercer tipo de «estación de consuelo» fue donde se ejerció el mayor grado de coacción. La decisión sobre qué estación se abría dependía de las condiciones locales de las áreas que Japón iba dominando.

Ahora bien, había distintas formas de reclutar, en particular dos. La primera era cuando miembros de la oficina estatal que se encontraban con las brigadas o regimientos se comunicaban con la *Kempeitai* para pedir a los líderes locales mujeres jóvenes. Esto derivó en que se comenzó a obligar a mujeres que nunca habían sido prostitutas a «rendir servicios sexuales a las tropas japonesas» (Tanaka, 2002: 22). Tanaka explica, utilizando el testimonio que Yamaguchi Tokio (quien estaba a cargo de examinar a las mujeres) escribió en su diario el 11 de agosto de 1940, cómo se cuestionaba «si estas niñas habían sido obligadas a venir porque el líder local las había convencido aludiendo que lo tenían que hacer para la paz del pueblo» (2002: 22). El segundo método era aquel mediante el cual cada base militar contrataba a sus propias personas para llevar a cabo el reclutamiento, como lo eran los dueños de los burdeles por ejemplo. En este caso eran enviados a otros países, como Japón y Corea, donde debían reclutar a las que consideraban más apropiadas para ser «mujeres de consuelo».

Esto se realizaba con la ayuda de la policía local y de la *Kempeitai*. Como este método será analizado en el siguiente apartado no me adentraré en su procedimiento por ahora. Si bien, y como veremos más adelante, los japoneses se encargaron de eliminar evidencias sobre el «sistema de consuelo» luego de que la guerra acabó, se puede llegar a un número estimado de la cantidad de mujeres utilizadas en este, entre 80.000 y 100.000. Según los planes expuestos en julio de 1941 por los militares japoneses, se precisaban alrededor de 20.000 mujeres cada 800.000 soldados, lo que nos da una cifra estimada de una mujer cada cuarenta soldados.⁹ Teniendo esto en cuenta, se enviaron a China y al sudeste de Asia 3.5 millones de soldados japoneses, «por lo que, según este cálculo, se puede llegar a la aproximación que 90.000 mujeres fueron movilizadas» (Tanaka, 2002: 31). Ahora bien, dentro de este número estimado de mujeres, el 80% provenía de Corea, el resto de China, Taiwán, Filipinas, Indonesia y Malasia. El uso de mujeres de otras nacionalidades asiáticas, sobre todo coreanas, se explica por el racismo de los japoneses frente a otros pueblos asiáticos, aunque no fue esta la única razón, pero sí «ayudó a que estas mujeres sean consideradas apropiadas para tomar el rol de mujer de consuelo» (Tanaka, 2002: 31).

Como fue expresado al comienzo de este apartado, las mujeres prostitutas japonesas sirvieron durante la guerra. Estas no fueron consideradas de la misma manera ni estaban en el mismo lugar que las «mujeres de consuelo», es decir, sirvieron a los altos rangos militares, y en definitiva el trato hacia ellas era mucho mejor que el que recibían las otras. Lo mismo pasaba con las condiciones de vida, las japonesas vivían de forma más cómoda. Tanaka (2002) analiza cómo la gran mayoría de los líderes militares no estaban de acuerdo con que las niponas cumplieran el rol de una «mujer de consuelo». Su papel debía ser «tener y traer buenos niños a Japón» (Tanaka, 2002: 32). Es más, en estos tiempos se consideraba que la mujer debía seguir siendo fiel a su esposo incluso después de su muerte, siempre y cuando no fuera mayor a 36 años (recién luego de esa edad la mujer podía rehacer su vida), siendo su mayor virtud servir a su marido. Así, su trabajo no era el de «solo existir para satisfacer los impulsos sexuales de los hombres» (Hicks, 1995: 32). En cambio, las mujeres coreanas eran más aceptadas por el parecido físico que tenían con las niponas, lo que las hacía más deseables para los hombres japoneses; además de compartir el idioma, que ya se había impuesto de antemano. En estos países

los ciudadanos estaban adoctrinados para respetar y ser leales al emperador japonés y al Estado Supremo, es decir, contaban con un acercamiento cultural que las mujeres chinas y filipinas no compartían. Por

último, Corea era su colonia, por lo que el ambiente político y económico permitió que las mujeres, sobre todo las más jóvenes (que al final del día era lo que buscaban), fueran más vulnerables a la hora del engaño (Hicks, 1995).

Otra diferencia que se puede apreciar respecto al racismo impuesto sobre las distintas etnias asiáticas fue el reclutamiento; en el caso de China las tropas japonesas no estaban escondiendo frente al pueblo lo que estaban haciendo (Tanaka, 2002). Las mujeres provenientes de China no eran prostitutas, sino residentes de los lugares que los nipones fueron invadiendo. El método se basaba en la captura de mujeres en sus propias casas por medio de los militares y con la ayuda de algunos chinos. De las mujeres capturadas se hacía una selección y estas eran llevadas a distintas «estaciones de consuelo». Este método disminuyó cuando se empezaron a enviar mujeres coreanas. Una de las razones fue que al secuestrarlas solo se estaba generando un sentimiento antijaponés entre los chinos. Como fue expresado, las coreanas eran pensadas desde un acercamiento cultural y del lenguaje, haciendo que la comunicación con los soldados japoneses fuera mucho más accesible. De cualquier manera, aunque la violencia hacia la mujer china disminuyó, no cesó. Es decir, a pesar de la movilización de coreanas, los crímenes sexuales siguieron ocurriendo, sobre todo en los distritos hostiles, donde de manera brutal y cruel se trataba a la población en general, pero sobre todo a las mujeres (Hicks, 1995). Tanaka expresa cómo «las tropas japonesas tenían la autorización de destruir toda la comunidad, hasta sus habitantes» (2002: 46), por lo que violar a las mujeres era una posibilidad, ya que el fin era eliminarlas. Muchas eran llevadas a las estaciones donde eran violadas no solo por los soldados, sino también por los colaboradores chinos.

La preferencia eran adolescentes de entre 15 y 18 años, lo que no quiere decir que no se utilizaran niñas bajo esta franja o mayores a esta, y por lo general se buscaban mujeres solteras. Muchas de ellas no tenían ninguna experiencia sexual previa o idea de lo que significaba el sexo. Kimura (2016) utiliza el testimonio de Hou Qiao Lian (china), quien recordó que «podía oír cómo los soldados japoneses se sacaban las armas y las ropas», luego se le acercaban y le hacían señas con las manos para que se desnudara: «no había tenido ni mi primer período, o ninguna experiencia sexual, estaba aterrorizada, no me podía mover» (Kimura, 2016). El soldado le quitó su ropa a la fuerza, solo cuando él se le acercó se dio cuenta de lo que estaba por pasar, «me sujetó al colchón, estaba aterrorizada». Narró que cuando el cuerpo del soldado rozaba sobre ella o al sentir su barba cerca de su cachete: «luché en vano, eventualmente fui violada y mis partes bajas sangraron fuertemente» (Kimura: 2016). Muchos de estos secuestros fueron pensados y planificados, mientras que otros fueron al azar. Tanaka (2002) sostiene cómo el acto de ser violadas ya de por sí es una experiencia espantosa que no se olvida, pero muchas de estas mujeres también tuvieron que presenciar cómo sus familias eran asesinadas al momento en que ellas eran secuestradas.

Otro testimonio es el de Wan Aihua (china), quien con tan solo once años ya formaba parte de un grupo que resistía a la invasión nipona; fue capturada tres veces, «violada, abusada y mutilada» (Kimura, 2016: 110). El 18 de agosto de 1943 fue secuestrada por segunda vez, estaba en el río lavando su ropa cuando pasó, «era todo lo mismo otra vez» (Kimura, 2016: 110). Le intentaron sacar información sobre el Ejército Rojo¹⁰ amenazándola con matarla si no daba nombres. La llevaron al mismo lugar que la vez anterior, «donde muchos soldados japoneses vinieron y me violaron de una forma brutal, una forma que no puedo ni siquiera describir»; cuando se rehusó a dar nombres la «golpearon y torturaron» (Kimura, 2016: 110). Esta es la diferencia entre «rehenes de esclavitud sexual» y «mujeres de consuelo», las primeras no eran enviadas para trabajar, sino que el propósito era sacarles información y luego matarlas. Eso no quiere decir que las mujeres chinas no fueron usadas para las «estaciones de consuelo», pero lo eran en una minoría, si eran reclutadas para serlo se les ofrecían distintos puestos de trabajo (Tanaka, 2018). Tanaka explica la doble moral que los nipones mantenían: «tan hipócritas eran los líderes militares japoneses, porque en una parte demandaban que las mujeres japonesas sean castas, mientras que, por el otro lado, no dudaron en presidir un sistema extremo de explotación sexual sobre otras mujeres asiáticas» (Tanaka, 2002: 32).

Los soldados japoneses demostraron un gran odio y racismo con las diferentes mujeres

asiáticas, a las que vieron como objetos de guerra, para servirles cuando ellos las precisaban. Todas recibieron tratos brutales; en su gran mayoría fueron engañadas y forzadas a formar parte del «sistema de consuelo». Ya fuera mediante raptos o engaños, estas mujeres terminaron en una «estación de consuelo» en un país que no conocían y con un idioma que no hablaban.

Por lo que tuvimos que pasar: la ilusión, el engaño y el rapto de las mujeres coreanas

Como se viene analizando a lo largo de este trabajo, los altos mandos del gobierno de Japón fueron los responsables del sistema, pero solos no podían llevarlo a cabo. Para poder hacerlo precisaron de ayuda. Tanaka (2002) explica cómo no se puede analizar el proceso de reclutamiento sin mencionar y tener en cuenta que los japoneses ya traficaban mujeres coreanas. En agosto de 1910 Japón anexó el territorio coreano, convirtiéndolo en su colonia. Entre finales de la década de los veinte y comienzos de los treinta, Corea se vio afectada por graves problemas climáticos que perjudicaron a los campesinos; sumado a esto, los nipones solían llevarse la mayor parte de los cultivos de arroz para su país dejando muy poco para el consumo local. Según Ikuhiko (2018), el peor año de esta crisis fue 1939, las familias se estaban muriendo de hambre, solo podían comer dos veces al día un poco de gruel,¹¹ encontrándose «al borde de la inanición, solo tenían un pequeño recipiente de gruel dos veces al día».¹² Esto llevó a que muchos campesinos perdieran sus trabajos; para mediados de 1930 la tasa de desempleo rural subió a un 85%. Por esta razón muchos coreanos se fueron a Japón a trabajar por contrato,¹³ allí tenían que soportar duras jornadas de trabajo y un fuerte racismo por parte de los japoneses. Según Tanaka (2002), se puede calcular que para 1931 unos 300.000 coreanos estaban trabajando en Japón y en 1938

vila cifra había ascendido a 700.000. Para el autor, luego de la invasión a Manchuria los japoneses alentaron a los coreanos a irse a esta provincia a las plantaciones de arroz, y alrededor de 1.3 millones ajaron en 1931. En su mayoría eran hombres jóvenes, pero muchas mujeres también salieron de su país para trabajar tanto en el ámbito rural como en la ciudad (en fábricas, en el área doméstica o desempeñándose como meseras).

Los jóvenes aceptaron estas tareas porque era la única forma de mantener a sus familias en su país natal. Pero muchas veces estos trabajos no eran suficientes o las mujeres directamente no lograban conseguir uno, por lo que muchas «fueron obligadas a prostituirse para poder proveer dinero suficiente para que sus familias extremadamente pobres pudieran sobrevivir» (Tanaka, 2002: 35). Muchos artículos de ese período tenían el título de «la pobreza crea prostitutas».¹⁴ En algunos casos incluso sus mismas familias las vendieron a burdeles para poder sobrevivir, y también un gran número de mujeres casadas tuvieron que prostituirse para ayudar económicamente a sus familias. En 1916 se introduce la prostitución controlada, muy similar a la que ya existía en Japón, y los coreanos tuvieron permiso para abrir negocios y pudieron trabajar tranquilamente mostrándose como projaponeses. En este sentido, muchos ayudaron y participaron en la industria de la prostitución, logrando así mantener sus negocios abiertos.

Vale realizar una pequeña aclaración, tal como sostiene Ikuhiko (2018), la prostitución en Corea siempre existió, no fue algo que los japoneses comenzaron, pero sí la controlaron. Históricamente muchas mujeres coreanas en tiempos de guerra con China antes de la modernidad fueron entregadas en forma de tributo por los gobernantes de su mismo país. A ellas debemos sumar las miles que fueron secuestradas, unas pocas tuvieron la posibilidad de volver con vida y si lo hicieron no fueron bien recibidas, ya que eran vistas como mujeres destruidas, por lo que no tenían otra salida más que trabajar como prostitutas (Ikuhiko, 2018). La mayoría de los hombres jóvenes no se encontraban en el país o estaban peleando en las tropas japonesas o trabajando para ellos. Las mujeres coreanas fueron obligadas a prostituirse por la mala condición económica en la que su país se vio inmerso, además muchas de ellas eran analfabetas y no tenían educación. Mun Pil-gi,¹⁵ una niña surcoreana sobreviviente del «sistema de consuelo», cuenta que no tenía permitido estudiar, su madre solía vender arroz para poder pagar la escuela cuando tenía diez años, pero cuando su padre se enteró no la dejó estudiar más. Para su padre «cualquier

mujer que estudiara se convertiría en una persona muy astuta» (Kimura, 2016: 107). En el momento que se enteró fue hasta el salón y «me arrastró hasta casa y quemó todos mis libros»; la narración continúa explicando cómo «ese fue mi último día de educación» (Kimura, 2016: 107).

A medida que la guerra en China se fue afirmando se empezaron a necesitar cada vez más «mujeres de consuelo», porque la cantidad de mujeres que «habían viajado voluntariamente» (aunque no fue así, ya que de una forma u otra siempre fueron obligadas) desde Corea no era suficiente (Tanaka, 2002). En marzo de 1938 el Ejército japonés comenzó a controlar el reclutamiento de mujeres y para esto se crearon tres tipos de grupos de agentes: uno directamente elegido por el Ejército, otro que era contratado por los dueños de las «estaciones de consuelo» y como tercero estaba la policía. Como este tercer grupo no trabajaba por sí solo, sino como colaborador de los dos primeros, nos detendremos en estos.

El primer grupo contaba con agentes seleccionados directamente por el Ejército, siendo los dueños de las «estaciones de consuelo», y tenían que reclutar un número determinado de mujeres. El segundo grupo, y el más utilizado en Corea, contaba con agentes que eran contratados por los dueños de esas estaciones, siendo en su gran mayoría coreanos dueños de pequeños burdeles en su país. Según Tanaka (2002), si bien algunos de los dueños de las estaciones viajaron a Corea, la gran mayoría de los reclutamientos fueron ejecutados por el segundo grupo. Este reclutamiento se daba de la siguiente forma: el dueño de la «estación de consuelo» viajaba a Corea donde se quedaba semanas o meses en un hotel. Por lo general elegían ciudades que tenían puerto, como Inchon o Pusan. Luego contrataban a un coreano encargado del proceso. Una vez que tenían suficientes mujeres volvía con ellas a China y en ocasiones viajaba con ellas de ciudad en ciudad buscando más mujeres. Se estima que entre cuarenta y cincuenta mujeres eran llevadas a China en un solo viaje (Tanaka, 2002). Muchas eran campesinas, es decir, provenían del medio rural. Estos agentes solían engañar a sus familias. Al mismo tiempo eran ayudados por la policía coreana al momento de buscar mujeres adecuadas, es decir, pobres, jóvenes y solteras. Sobre todo más al final de la guerra del Pacífico, los agentes utilizaron cada vez más a la fuerza policial y Tanaka (2002) expresa que esto se debió a la falta de mujeres jóvenes. Para 1943 casi 140.000 mujeres fueron movilizadas por el gobernador general del país,¹⁶ estos obligaron a las mujeres a ofrecerse a los agentes o a los dueños de los burdeles.

Un dato relevante es precisar que al principio las familias coreanas no sabían lo que estaba pasando, es decir, de verdad pensaban que sus hijas/hermanas estaban yendo a trabajar a Japón o a territorios anexados. Recién más cerca de la culminación de la guerra, las personas se dieron por enteradas de lo que verdaderamente ocurría (Tanaka, 2002). En agosto de 1944 se creó el Servicio Voluntario de Trabajo del Cuerpo de las Mujeres, por el cual se obligaba a cualquier mujer soltera que tuviera entre 12 y 40 años a ser movilizada fuera de Corea para trabajar donde fuera necesario por un año. Según Tanaka (2002), para evitar que ocurriese esto con las mujeres de su familia, se las sacaba de la universidad y se las obligaba a casarse; pero en las familias de menor estatus social esto no solía pasar, por lo que las escondían dentro de sus casas. El autor continúa la idea analizando cómo ocurrió algo similar que en los años veinte y treinta, es decir, a muchas familias se les ofreció una suma de dinero por sus mujeres, de igual manera no se sabía el verdadero trabajo que realizarían. En muchos casos se les entregaba un dinero por adelantado que provenía de las autoridades japonesas.

Los agentes tenían varias formas de reclutar mujeres, entre ellas se destaca el engaño: «típicamente, la hija de un campesino pobre era elegida por un agente de reclutamiento y se le prometía un empleo» (Tanaka, 2002: 38). Mientras se juntaba con el dueño de la estación y hasta que llegaban a China eran tratadas de buena manera, aunque carecían de libertad, dado que no podían hacer nada solas. Pero una vez llegadas a las estaciones el buen trato se terminaba. Primero se enteraban que su verdadero trabajo era ser explotadas sexualmente al ser violadas por soldados japoneses diariamente. Entonces se les hacía creer que de esta manera estaban pagando deudas que sus familias habían generado con los dueños de las estaciones (Tanaka, 2002: 42). El testimonio de Kim Yun-sim (coreana) nos clarifi-

ca cómo era la cuestión cuando los policías eran los encargados de reclutar mujeres/adolescentes. Ella fue secuestrada cuando tenía 13 años junto con dos de sus amigas

mientras estaban jugando. Narra cómo estaban caminando cuando «un camión frenó y fueron atraídas por un policía, un soldado y un hombre que hablaba un muy buen coreano». ¹⁷ Aunque pidieron que las liberasen, ninguno de los tres hombres les hizo caso y las llevaron a un alojamiento tradicional japonés de corto plazo en Kwangju, donde había más adolescentes. Luego de un tiempo fueron enviadas a una «estación de consuelo» al norte de Manchuria, donde su destino ya estaba escrito.

Como ya fue mencionado, otra forma de reclutar mujeres fue comprándolas, dar dinero a sus familias a cambio de sus hijas. El testimonio de Yi Yong-nyo (coreana) da cuenta de esto; cuenta cómo un día llegó a su casa, en donde la estaba esperando una mujer muy bien vestida y con joyas de oro. Una vez que la vio, le pidió que la siguiera y se fuera con ella a su casa. La mujer le comentó que si lo hacía su familia iba a estar mejor y que además ella iba a tener ropa y comida, «mi madre se sentó mirando hacia la pared y no dijo nada, mientras mi padre me dijo que me fuera con ella» (Kimura, 2016: 112). Yong-nyo continúa su narración expresando cómo sintió que no tenía otra opción más que obedecer; una vez que su pesadilla culminó se enteró de que su familia, en particular su padre, había recibido una mensualidad desde que ella se fue.

Las autoridades japonesas crearon un sistema muy detallado, se aprovecharon de la pobreza y el analfabetismo de las clases bajas coreanas, además de la falta de hombres jóvenes, todo lo que hizo más fácil el rapto y el engaño de las mujeres jóvenes y solteras.

Vivir bajo encierro: cómo se puede negar el «sistema de consuelo»

Para Tanaka, las experiencias de las mujeres de consuelo en las estaciones de consuelo aprobadas oficialmente fueron tan inhumanas como es posible, y peor incluso fue el trato hacia las mujeres filipinas y chinas (Tanaka, 2002: 50). El racismo japonés fue la causa de los tratos diferenciados. Pero esto no quita que la vida de todas las mujeres fuera inhumana, ya que el simple hecho de que fueran privadas de sus libertades da cuenta de ello. La única diferenciación que podemos hacer es entre un trato inhumano y uno incluso peor, si eso es siquiera posible. Incluso una «estación de consuelo» en Shangai tenía carteles en la entrada que decían: «servicios dados por las adorables hijas de Japón, listas para dar sus cuerpos y sus corazones» (Ikuhiko, 2018: 19).

Ikuhiko (2018) señala que uno de los comandantes en jefe de la unidad de logística del Ejército japonés habla sobre el «sistema de consuelo». En su memorándum explicó qué eran y para qué servían las «estaciones de consuelo»: zonas rojas abiertas y dirigidas por los militares, donde «nuestra primera prioridad está en garantizar que todos nuestros mayores esfuerzos estén en asegurar el goce saludable del placer». ¹⁸ A su vez querían estar seguros de que no estuvieran involucrados con la palabra *explotación*, y por último cuenta cómo era necesario mantener entretenidos a los soldados de la forma más barata posible (Ikuhiko, 2018).

Muchas mujeres al enterarse de la verdadera naturaleza de sus trabajos se rehusaron a realizarlos, más teniendo en consideración que muchas de ellas eran niñas y en muchos casos vírgenes. No solo se rehusaron, sino que pidieron al agente que las había llevado que las devolviera a sus ciudades o las llevara a realizar los verdaderos trabajos que les habían prometido (Tanaka, 2002). Aquí estaba la trampa: muchas habían sido vendidas por sus familias, por lo que los dueños de las estaciones les respondían que ahora ellas les pertenecían. Según Tanaka (2002), se les decía que como ya les habían pagado por adelantado a sus familias, ahora ellas tenían que quedarse y afrontar la deuda que habían adquirido con ellos. En los casos en los que no les habían pagado a sus familias, les decían que igualmente estaban endeudadas por la ropa, la comida y el transporte desde sus ciudades a las «estaciones de consuelo». Cuando las mujeres mantuvieron una actitud negativa frente a la obligación de complacer sexualmente a los soldados, fueron torturadas, abusadas, obligadas a la sumisión y en otros casos asesinadas. Como lo testimonia Yi Yong-su (coreana), ella fue llevada desde Taegu por el mismo dueño de la «estación de consuelo» en la que terminó, le dieron el nombre de Oyaji. ¹⁹ Yong-su era la más pequeña entre todas las mujeres, cuenta que el Oyaji la obligó a entrar a un cuarto luego de que ella se rehusó: «me arrastró desde el pelo hacia otro cuarto [...] aquí fui torturada con

choques eléctricos»; continúa su relato comentando cómo «él fue muy cruel».²⁰ A pesar de que Yong-su le pidió que parara, que iba a hacer lo que él quisiera, no frenó. Ella perdió el conocimiento y cuando se despertó estaba mojada, «creo que probablemente él me tiró agua arriba».²¹ Las mujeres se dieron cuenta rápidamente de que una vez dentro del sistema, era casi imposible salir.

Como ya comentáramos antes, las «estaciones de consuelo» se abrieron cerca de los centros militares, para eso se utilizaron edificaciones de los lugares a donde llegaban, como podían ser restaurantes, casas bien grandes, burdeles, entre otros. En caso de que no se encontraran estos lugares, se utilizaban templos, escuelas y hospitales, y cuando estaban en una zona de combate, se usaron las carpas. Para poder llevarlo a cabo precisaban la autorización de los mismos militares. Según Tanaka (2002), el interior de las estaciones variaba según el lugar donde estaban, pero por lo general eran cuartos muy chicos que tenían una cama y un ropero muy pequeño. En algunos casos no había camas siquiera, sino un futón en el piso. Las habitaciones estaban divididas con separadores de madera, la gran mayoría de los cuartos no tenía puertas y la separación se hacía con sábanas colgadas desde el techo.

Había baños donde las mujeres podían limpiarse y desinfectarse, y en algunas estaciones había vaselina en los cuartos. En cada estación se encontraba su dueño y un militar para controlar todo lo que pasaba dentro. Según el autor, todo estaba calculado, desde la higiene de las mujeres entre la atención a los soldados, hasta el tiempo que tenían con ellas, y si bien algunas normas variaban de estación a estación, todas seguían el mismo formato.

Cada tipo de soldado tenía una hora determinada para asistir a las estaciones. En el caso de los soldados de base, las visitaban en el turno de la mañana hasta la tardecita; los oficiales no comisionados

tuvieron permitido asistir entre la tarde y la tarde-noche (4 pm. a 8 pm.); y a los oficiales les tocó el turno de la noche (8 pm. hasta las primeras horas de la mañana siguiente) (Tanaka, 2002). Asimismo, los dos primeros solo tenían permiso para asistir a las estaciones en sus días libres, es decir, una vez a la semana; mientras que los oficiales podían ir cuando lo desearan. Pero como cada regimiento decidía los días libres y estos rotaban, las mujeres siempre estaban acompañadas y no tenían un respiro, la mayoría de las estaciones cerraban solo una vez al mes (Tanaka, 2002). En el turno de la mañana servían a los soldados, en la tarde a civiles que trabajaban para los japoneses y si pagaban podían quedarse hasta la mañana siguiente. No todos los soldados las trataban mal, algunos hasta las contrataron por muchas horas y no hacían nada; a otros los obligaron sus compañeros (Tanaka, 2018).

Mardiyem («mujer de consuelo») fue testigo de esto: «algunos de los soldados compraron tickets por 4 a 5 horas para dejarnos descansar».²² Sigue su relato contando cómo en los días más ocupados fue obligada a estar con más de veinte hombres.

Apenas acababa el servicio el soldado se iba y la mujer se tenía que higienizar. Se calcula que las «mujeres de consuelo» atendían a diez soldados por día en días normales; el número fue mucho más alto cuando un combate estaba cerca y después de este (Kimura, 2016), días en los que cada mujer atendía a entre treinta y cuarenta soldados. A su vez, cada soldado contaba con un tiempo máximo: treinta minutos, pero en los días más ocupados solo tenían unos minutos. En estos casos las mujeres no contaban con el tiempo necesario para higienizarse. Según Tanaka (2002), las mujeres terminaban exhaustas, tanto física como psicológicamente, además de que los abusos sexuales que recibían las dejaban con grandes dolores y problemas de salud. Una de ellas narró su experiencia: «servir a tantos hombres hacía que mis órganos se hincharan, hasta tuve que ir a ver a un doctor [...] cuando fui por primera vez, mi estómago me dolía tanto que pensé que iba a explotar» (Tanaka, 2002: 53).

Otro punto importante fue el planteado por Hicks, quien explica que los nipones cuando enfrentaban una batalla tenían la convicción de que no podían ir siendo vírgenes, por si morían, por eso asistían tantos soldados antes de un combate, a pesar de que muchos iban obligados. Al mismo tiempo, a las «mujeres de consuelo» se les enseñó cómo debían comportarse según la edad del soldado, es decir, con los soldados más veteranos tenían que ser mucho más delicadas, actuar sin apuros y felicitarlos. A los más jóvenes tenían que ayudarlos y ser mucho más románticas, «a las mujeres se les enseñó cómo debería

ser el estilo del servicio que deberían de impartir según el tipo de cliente. [...] deberían ser más románticas con los soldados jóvenes y menos sofisticadas» (Hicks, 1995: 85).

En la gran mayoría de las estaciones de consuelo los dueños y administradores obligaban a las mujeres a mantener relaciones sexuales con los soldados cuando estaban con su ciclo menstrual. Yun Tu-ri (coreana) cuenta que si bien los dueños de las estaciones les daban toallas femeninas, igual tenían que servir a los soldados, en esos casos «nos metimos pedazos de gasa bien adentro de nuestras vaginas» (Kimura, 2016: 114). Hicks afirma que a las mujeres las obligaban a entrenar sus muslos para cuando tenían jornadas muy largas y duras, en muchos casos las hacían caminar con monedas apretadas por sus dos nalgas. Otro gran número de mujeres terminaron embarazadas a consecuencia de estos actos sexuales sin protección. En la mayoría de los casos las obligaban a abortar, ya fuera con los medios necesarios o realizado por ellas mediante la inanición o tomando té de hierbas especiales (Tanaka, 2002). En los raros casos en los que se les permitiera continuar el embarazo, no solo debían entregar a sus hijos luego de dar a luz, sino que tenían que seguir sirviendo a los soldados estando embarazadas.

Los soldados pagaban para poder acceder a las «mujeres de consuelo». Dependiendo del rango del soldado y de la «estación de consuelo» se calculaba el monto; además si se extendían de la hora máxima debían pagar el doble por cada hora que seguían con la mujer. Tanaka (2002) calcula que el salario mensual de un soldado (según su rango) estaba entre los 6 y 10 yenes, de los cuales 1.50 y 2 yenes iban hacia las estaciones de consuelo. Y como pagaban, creían que podían hacer lo que quisieran con las mujeres, sobre todo porque los soldados estaban buscando un escape de los horrores de la guerra (Tanaka, 2002). Según Ikuhiko (2018), el sistema funcionaba así: cuando un soldado llegaba a una estación se le daba un recibo y un condón, este se lo daba a la «mujer de consuelo» antes de que empezara el acto sexual. Una vez que la mujer terminaba su turno le daba todos los recibos al dueño, quien casi siempre respondía que ella seguía debiéndole plata, por lo que no le daba nada esa vez. Como no tenían plata o la que tenían era muy poca, cada vez que estas mujeres precisaban algo debían pedirlo al dueño, lo que hacía que se endeudaran cada vez más (Tanaka, 2002). En fin, se creó un círculo vicioso de dependencia de las mujeres hacia los dueños de las estaciones de consuelo. El poco dinero que tenían provenía de las propinas que algunos soldados les podían dejar. Esos escasos montos que podían ahorrar culminaron de dos maneras: algunas tenían la plata guardada en la Oficina de Correo de Japón, pero luego de que la guerra terminó perdieron todo; y algo similar pasó con las mujeres que escondieron sus ahorros, ya que cuando la guerra terminó su dinero era la moneda militar japonesa, que no valía nada. En fin, una vez que la guerra culminó las «mujeres de consuelo» no tenían nada. Para Hicks, muchas se acostumbraron tanto a ser explotadas sexualmente que tenían una actitud fría y calculada frente a los soldados, y estos solían enojarse tornándose muy violentos porque no podían obtener la reacción que esperaban de ellas.

Madam X, sobreviviente coreana, explica qué pasaba normalmente cuando le tocaba un soldado: «no teníamos que desnudarnos por completo [...] solo teníamos que desvestirnos desde la cadera hacia abajo. [...] si un soldado se sobrepasaba con su tiempo Mama-san tocaba la puerta y le decía que su tiempo terminó» (Hicks, 1995: 91). Tanaka (2002) expone cómo los soldados tenían prohibido ir a las estaciones en condición de ebriedad, pero a pesar de eso muchos asistían intoxicados. No solo estaba prohibido ir borracho, sino llevar alcohol a las estaciones, muchos lo escondían y hasta obligaban a las mujeres a consumirlo. Estos soldados en estado de ebriedad solían ser mucho más violentos. Estos actos de violencia extrema están relacionados a la baja moralidad que sentían más cerca del fin de la guerra. Está de más aclarar que algunos soldados no precisaban estar borrachos para ser violentos.

Yun Tu-ri narra cómo muchos de los soldados eran asquerosos y se rehusaban a usar protección; era normal que los soldados exigieran que les practicaran sexo oral o sexo de pie (Kimura, 2016). Para Tu-ri «había de todo tipo, no tendría palabras para poder describir con detalle lo que nos hacían» (Kimura, 2016: 118); continúa relatando cómo algunos soldados llevaban novelas eróticas y las obligaban a recrear escenas.

Por último, las mujeres también tenían que soportar el maltrato de los dueños y los administradores de las estaciones de consuelo. Según Tanaka (2002), muchos de ellos solían

castigar a las mujeres por diversas razones: por estar enfermas y no poder trabajar por períodos de tiempo; por no hacer lo que los soldados querían o porque no llegaban a atender a suficientes soldados por turno. Kimura (2016) agrega a estos motivos el estar menstruando, ya que en estos días algunos de los dueños de las estaciones no las dejaban trabajar pero las maltrataban duramente. Otro problema era que la mayoría de las mujeres no hablaba el idioma local de donde estaba la «estación de consuelo», o ni siquiera sabían dónde se encontraban, por lo que escapar era muy difícil. La acción de huir era complicada en sí, a lo que hay que sumar lo antes mencionado, lo que hacía que muchas de las mujeres ni lo intentaran, y las que lo hacían no tenían a dónde ir. Ha Sunn-yo fue una de las mujeres que intentó escapar (Tanaka, 2002). Estuvo un año en una estación en Shanghai cuando se escapó, pero al no hablar chino y al no tener a dónde ir llegó hasta la terminal e intentó dormir allí, «estaba muy asustada [...] en la mañana, seguía sin tener a donde ir, así que volví a la estación de consuelo» (Tanaka, 2002: 56). Una vez dentro de la estación, fue a la cocina donde se preparó algo para comer, pero todas sabían que se había escapado, «el dueño sabía»; continúa su relato revelando cómo este «me pegó por todos lados, decía que me iba a enseñar una lección de una vez y para siempre» (Tanaka, 2002: 56).

Algunas mujeres no pudieron soportar ser explotadas sexualmente y, como explica Tanaka (2002), terminaron con sus vidas, en ocasiones bebiendo desinfectantes líquidos. Otras ingerían grandes cantidades de drogas mezcladas con alcohol provocando una sobredosis; pero el peor de los casos era cuando un soldado deprimido se suicidaba y obligaba a la «mujer de consuelo» que consideraba su favorita a hacerlo con él (Tanaka, 2002). También hubo «mujeres de consuelo» en las estaciones ubicadas en las zonas de batalla que murieron por heridas colaterales a estas. Ellas fueron las que recibieron los peores tratos, no solo por el lugar donde tuvieron que pasar sus días, sino porque los soldados en situación de combate solían estar al límite, siendo mucho más violentos.

Según el autor, cuando el final de la guerra comenzó a acercarse, muchas de las estaciones fueron cerradas. Algunos soldados secuestraron a las mujeres y se encerraron con ellas en cuevas. Otras mujeres fueron abandonadas en lugares que no conocían, no supieron qué hacer; por ejemplo, algunas de las mujeres dejadas en Manchuria fueron víctimas de violaciones por parte de los soldados soviéticos. Hubo otras que no volvieron nunca a sus países de origen, por elección propia o por tener el concepto de que si lo hacían iban a ser discriminadas por la sociedad; prefirieron quedarse en un lugar que no conocían y empezar de cero. Teniendo en cuenta lo narrado por Hicks (1995), otras murieron debido al hambre y a los duros inviernos de Manchuria; en muchos de estos casos, y como no había tiempo para cavar tumbas, dejaban sus cuerpos a la intemperie y estos eran comidos por lobos.

Los japoneses crearon un sistema de explotación y esclavitud sexual pero nunca lo vieron como tal. Como para acceder a una «mujer de consuelo» se tenía que comprar un vale que se le entregaba a la mujer para completar el servicio, se consideraba que esta era una prostituta más, mientras que la «estación de consuelo» no era más que un simple burdel. Casi ningún soldado se rehusó a usar el servicio o a imponerse violentamente ante las mujeres asiáticas. No solo las usaron y las violentaron, sino que les hicieron vivir un infierno. A pesar de que existieron soldados que no fueron violentos o que entablaron relaciones amorosas o de amistad, estos fueron los menos. Estas mujeres sufrieron un cambio en sus vidas de un día para el otro sin pedirlo ni poder impedirlo, y una vez que terminó la guerra fueron ignoradas completamente por sus países de origen. Por parte de los nipones, hicieron todo para ocultarlas, se encargaron de eliminar cualquier rastro de lo que había pasado, por lo que lo único que quedó fue el recuerdo oral, ya que muchas mujeres por miedo o necesidad decidieron olvidar y comenzar de cero. Como ejemplo puede mencionarse el caso de Kim Hak-sun, quien recién en 1991 salió a hablar sobre su experiencia haciendo que el tema entrara en agenda y permitiendo que muchas «mujeres de consuelo» la siguieran (Ki

Conclusiones

En tiempos de guerra las mujeres han sido víctimas por partida doble, ya sea por pertene-

cer a los enemigos como por el hecho de ser mujeres. La consideración de la mujer como un objeto meramente sexual y una herramienta para el placer masculino no viene del siglo XX. En este sentido la mujer se convierte en el objeto de alguien más, pasa a ser alguien sin poder. La cuestión cambia cuando desde el ámbito militar se intensifica la violencia contra la mujer, desde la idea de que es un ser inferior. Al intentar protegerse de un enemigo, se llega a la idea de que hay que ser más violento que este, llevando a un círculo vicioso en el que solo se genera más brutalidad y desesperación.

En el caso de las «mujeres de consuelo», estas sufrieron una explotación sexual que hasta el momento no había tenido precedentes. Con la excusa de terminar con las violaciones por parte de los soldados, los japoneses crearon un sistema basado en la explotación sexual, pero en el que se las consideraba prostitutas y listas para servirles. Los nipones tenían la convicción de que las «mujeres de consuelo» eran prostitutas y no esclavas sexuales, al tiempo que ponían el foco en cómo los militares precisaban distraerse de los desastres de la guerra y su duro disciplinamiento.

Hoy en día el «sistema de consuelo» es considerado el mayor tráfico desmedido de mujeres para someterlas sexualmente dentro de una guerra. Pese a esto, el Estado japonés sigue negando la existencia de este tráfico, aludiendo que las mujeres fueron voluntariamente y no obligadas como relatan. Lo que está claro es que este sistema sí existió, y bajo él las mujeres fueron explotadas sexualmente. Otra cuestión es si tanto el gobierno coreano, filipino o chino (entre otros) respalda a las mujeres que lo denuncian, o si el japonés lo admitirá. En tanto esto pasa, las sobrevivientes se están muriendo y con ellas sus relatos. Por último, me parece relevante destacar que se aprovecharon de estados donde la mujer se siente más vulnerable, como los embarazos y el ciclo menstrual, para terminar de humillarla.

Los soldados no tuvieron ningún tipo de consideración, todo lo contrario, lo usaron a su favor para terminar de quebrarlas y destruirlas.

Ellas demoraron medio siglo en poder hablar sobre el tema. Por una parte, el silencio, que también podemos ver reflejado en el caso de Bosnia y Ruanda, se puede deber al conocimiento que tenían sobre el trato que habían recibido otras mujeres que, en otros momentos, habían sufrido violaciones y el miedo que las autoridades ejercieron sobre ellas. En el caso particular de las mujeres coreanas, a su vuelta no fueron bien recibidas y solo eran vistas como prostitutas, personas sucias que no merecían nada. Teniendo esto en consideración, muchas prefirieron olvidar y ocultarse por la vergüenza que implicaba aceptar lo que vivieron. Además, otras tantas quedaron en la pobreza extrema y ni siquiera pudieron volver a sus países de origen.

Por años se le dio solo importancia a los hombres, solo a él se le daba la oportunidad de hablar. La violencia hacia la mujer en tiempos de guerra es una realidad que podemos encontrar a lo largo del siglo XX, pero no de la forma en que se dio en las «estaciones de consuelo», por lo que este trabajo permite acercarse a una cultura y un continente que suele estar alejado de nuestras aulas en secundaria. Además, es una temática en la que se expone cómo las mujeres fueron explotadas sexualmente de forma sistemática. Raquel Sánchez y Pedro Miralles argumentan que a pesar de que la historiografía se ha ido renovando con el paso del tiempo, en la enseñanza se sigue dando lo mismo y de la misma manera, por lo que un enfoque de la historia desde una perspectiva de género logra darle una nueva dirección a la enseñanza. Es por eso que «la investigación con estas nuevas perspectivas es útil en la enseñanza de la historia, tanto para la enseñanza de los contenidos conceptuales, procedimentales y actitudinales, como para los métodos didácticos» (Sánchez y Miralles, 2014: 280). Teniendo esto en cuenta, considero que en los tiempos que vivimos es importante darle voz a esta parte de la historia, demostrando que hay otros actores que han luchado o participado en los distintos períodos históricos. Por eso es importante que los estudiantes puedan tener un acercamiento al tema, para que ya no sea un pasado silenciado.



Notas

¹ Esta se dio en el contexto de la segunda guerra mundial, debido al sentimiento imperialista japonés que los llevó a invadir gran parte del sudeste asiático.

² *Geigi*. Artista tradicional japonesa. Eran invitadas a restaurantes donde proveían entretenimiento a cambio de dinero.

³ Significa «geisha suelta» (*loose geisha*). Ikuhiko, Hata (2018): *Comfort women and sex in the battle zone*. Londres: The Rowman & Littlefield, pág. 25.

⁴ 18 de setiembre de 1931, cuando fue dinamitado un tramo del ferrocarril del sur de Manchuria encargado por los japoneses. Oficiales ultranacionalistas fueron los responsables y esta fue la justificación para luego llevar a cabo la ocupación de Manchuria.

⁵ Los nombres asiáticos mencionados en todo el trabajo están escritos bajo la tradición japonesa de colocar el apellido primero y luego el nombre.

⁶ Fuerza policial encargada de mantener el orden en los territorios ocupados por Japón durante la segunda guerra mundial.

⁷ Fue el envío de tropas por parte de las potencias de la Entente a las Provincias Marítimas de Rusia entre 1918 y 1922 para ayudar al Ejército Blanco en contra del Ejército Rojo en la guerra civil rusa. Japón permaneció en la parte norte de la isla de Sajalín hasta 1925.

⁸ Departamento gubernamental del Imperio Japonés que se encargaba de los asuntos administrativos del Ejército imperial japonés (1871-1945).

⁹ Tanaka, Yuki (2002): *Japan's comfort women. Sexual slavery and prostitution during World War II and the Us occupation*. New York: Routledge Taylor Francis Group, pág. 30. Citando a un reporte de Kuwantung Army de 800.000 hombres planeando movilizar 20.000 «mujeres de consuelo» coreanas durante la llamada «*Kuwantung Army Special Maneuvres*» en julio 1941.

¹⁰ Eran las Fuerzas Armadas del Partido Comunista de China desde 1928 a 1937. Durante la segunda guerra sino-japonesa (1937-1945) se incorporaron al Ejército Nacional Revolucionario como parte de la segunda unidad del frente para luchar contra los japoneses.

¹¹ La receta consistía en algún tipo de cereal (harina de avena, trigo o centeno, o también arroz) cocido en agua o leche.

¹² Ikuhiko, Hata (2018): *Comfort women and sex in the battle zone*. Londres: The Rowman & Littlefield, pág. 37. Extraído de Higuchi Yoichi: «Senjika no Chosen nomin, rison wo chushin ni» (*Korean farmers in wartime-on leaving their villages*), *Kikan senso sekinin kenkyu* 7 (1995), págs. 62 y 63.

¹³ «*Indentured laborers*» labor en la que la persona acepta trabajar por determinado período de tiempo sin percibir un salario, a cambio de que se le proporcione comida, vestimenta y un lugar donde vivir.

¹⁴ «*Poverty makes prostitutes*», Tanaka, Yuki (2002): *Japan's comfort women. Sexual slavery and prostitution during World War II and the Us occupation*., pág. 35. Extraído de Yun Myeongsuk: ob. cit., págs. 93 y 94.

¹⁵ Al igual que con los nombres japoneses, el apellido se coloca primero y el nombre luego.

¹⁶ Tanaka, Y. (2002): *Japan's comfort women. Sexual slavery and prostitution during World War II and the Us occupation*. New York: Routledge Taylor Francis Group. Extraído de Yoshiaki, JEGun Ianfu, pág. 100.

¹⁷ Ikuhiko, H. (2018): *Comfort women and sex in the battle zone*. Londres: The Rowman & Littlefield, pág. 153. Extraído de: Ajia Taiheiyo chiiki no senso giseisha ni omoi o hase, kokoro ni kizamu shukai jikkō iinkai, ed., Ajia no koe (Voices of Asia) (Osaka: Toho Shuppan, 1997), vol. 11, págs. 57–66.

¹⁸ Ikuhiko, Hata (2018): *Comfort women and sex in the battle zone*. Londres: The Rowman & Littlefield, pág. 77. Extraído de: Horie Sadao, Koe naki sensen, vol. 1, 2239, 2249–50.

¹⁹ Término romanizado del coreano para referirse a los dueños de las «estaciones de consuelo». La traducción al español es de «jefe» o «máster».

²⁰ Tanaka, Y. (2002): *Japan's comfort women. Sexual slavery and prostitution during World War II and the Us occupation*. Routledge, pág. 51. Extraído de: Keith Howard (ed.): ob. cit., pág. 90. English translations of the Japanese words in brackets were added by Yuki Tanaka to the original text.

²¹ Tanaka, Y. (2002): *Japan's comfort women. Sexual slavery and prostitution during World War II and the Us occupation*. Routledge, pág. 51. Extraído de: Keith Howard (ed.): ob. cit., pág. 90. English translations of the Japanese words in brackets were added by Yuki Tanaka to the original text.

²² Kimura, M. (2016): *Unfolding the «Comfort Women» debates. Modernity, violence, women's voices*. Londres: Palgrave Macmillan, pág. 113. Extraído de Senso Giseisha, 1997: 124–5 [translated from the Japanese text].

Bibliografía

BROWNMILLER, Susan (1975): *Against our Will. Men, Women and Rape*. Nueva York: Fawcett Columbine Book.

CHANG, Iris (1997): *The Rape of Nanking: The Forgotten Holocaust of World War II*. Nueva York: Basic Books.

HICKS, G. (1995): *The Comfort Women. Japan's brutal regime of enforced prostitution in the Second World War*. Nueva York: W.W. Norton & Company.

HIRSCHAUSER, Sabine (2014): *The Securitization of Rape. Women, War and Sexual Violence*. Londres: Palgrave Macmillan.

IKUHIKO, Hata (2018): *Comfort Women and sex in the battle zone*. Londres: The Rowman & Littlefield.

KIMURA, Maki (2016): *Unfolding the 'Comfort Women' debates. Modernity, violence, women's voices*. Londres: Palgrave Macmillan.

SÁNCHEZ, Raquel y Pedro MIRALLES (2014): «Pensar a las mujeres en la historia y enseñar su historia en las aulas: estado de la cuestión y retos de futuro», en revista *Tempo e Argumento*.

TANAKA, Yuki (2002): *Japan's Comfort Women. Sexual slavery and prostitution during World War II and the Us occupation*. Nueva York: Routledge Taylor Francis Group.

TANAKA, Yuki (2018): *Hidden Horrors. Japanese War Crimes in World War II*. Nueva York: Routledge Taylor Francis Group.